

Desde 1982, Imparable "Fuga de Cerebros"

Educación sin Esperanzas

- ★ Falta un Sistema de Enseñanza Superior de Calidad
- ★ Sin él, la Modernización Económica es Imposible
- ★ Desalentador Salario a Profesores e Investigadores

L. LORENZO MEYER

Una modernización económica sin el apoyo de un sistema de educación superior de gran calidad, es imposible. Sin embargo, todo indica que en México se ha decidido precisamente eso: intentar lo imposible.

La invención de lo que hoy es la universidad moderna tuvo lugar en la Edad Media europea. Fue una institución cuya lógica no fue de fácil aceptación, pues se trató de obtener recursos no sólo de los alumnos sino de los grandes poderes de la época —la Iglesia y la Corona— para sostener una comunidad voluntaria de profesionales del conocimiento, que pretendían ser gobernados en el uso de esos recursos por sus propias reglas, y lo que fue un atrevimiento aún mayor, buscar el conocimiento sin preocuparse de que éste tuviera, necesariamente, un fin inmediato y práctico para quienes habían aportado los recursos y tolerado el ejercicio de una libertad de pensamiento que en numerosas ocasiones llevó a cuestionar hasta lo incuestionable: a la Iglesia, a la Corona y a todo lo que se encontraba entre o al lado de ambas.

A primera vista, la idea de la universidad debió chocar a los hombres prácticos del medievo... y les

Educación sin Esperanzas

Sigue de la primera plana

sigue chocando a sus descendientes de la actualidad. Les parecía (y les parece) inaceptable la existencia de una institución que demanda recursos y libertad y que en cambio, no produce cosas prácticas o las produce sólo de tarde en tarde y en donde, en cambio, se hace una crítica sistemática del orden de cosas existente. Sin embargo, esa institución peculiar —que a algunos externos les pareció (y les parece) similar a un manicomio— fue con el paso del tiempo, un caldero de ideas abstractas de las que se derivaron muchas cosas prácticas. Las universidades y el pensamiento científico que de ellas surgió fueron una de las razones por las cuales Europa pudo contar con la técnica que le permitió dominar política, económica y culturalmente a las otras civilizaciones y continentes. De esta manera, la universidad resultó ser una de las inversiones más redituables de la historia, y lo sigue siendo en la actualidad, aunque quienes asignan los recursos públicos en el México de hoy parecen no creerlo; al menos no en el caso de la universidad pública.

De acuerdo con datos que he podido recabar en una institución universitaria pública, el sueldo bruto más alto en nuestras universidades es de alrededor de 2.5 millones de pesos mensuales, y el mínimo casi llega a un millón de pesos. Ahora bien, tras la deducción de ISSSTE y el impuesto a los ingresos de las personas físicas, los sueldos anteriores se reducen a 1.6 millones y 800 mil pesos mensuales respectivamente.

Aquel académico que en dos quincenas normales percibe 800 mil pesos —esa especie de salario mínimo académico—, seguramente tendrá estas características: a) acaba de ser contratado, b) es muy joven (unos 23 años) y c) ingresó a la planta académica al concluir sus estudios de licenciatura y aún no tiene experiencia como profesor ni como investigador. En contraste, aquel profesor e investigador que recibe un ingreso mensual del doble —el máximo sueldo académico— deberá ser una persona muy distinta: a) lleva por lo menos 15 ó 20 años como parte de la planta de profesores, b) es una persona madura, o sea que ya cumplió los cincuenta años de edad, c) en su currículum hay, además de una licenciatura, una maestría y un doctorado o su equivalente (en muchos casos, cursados en una universidad extranjera), y al presentar su bibliografía bien puede listar dos, tres, cuatro o más libros y 30, 50 o más artículos en revistas especializadas. Al preguntársele por sus alumnos, puede dar una lista larga de aquellos a los que ha dirigido en la búsqueda de sus respectivas

licenciaturas, maestrías o doctorados... y que ahora están ganando sueldos más interesantes que el suyo.

La mayoría de quienes hoy dan clase y llevan a cabo investigación en las universidades mexicanas, y lo hacen de tiempo completo, se encuentran entre los dos extremos descritos. Pero independientemente de donde se encuentre un académico de una institución de educación superior pública en el escalafón, lo más seguro es que sea víctima, en mayor o menor grado de la desmoralización, debido entre otras cosas, a lo que ha señalado la Academia de la Investigación Científica (A. I. C.) en una publicación reciente: a "la desvalorización social que las bajas remuneraciones implican".

Si se toma el salario mínimo como punto de comparación, resulta que los ingresos netos académicos mensuales oscilan entre 2.3 y 5.5 veces ese salario. Sin embargo, creo que tal comparación no es muy apropiada, ya que a estas alturas y en la práctica, el salario mínimo se ha convertido en una cifra más teórica que real. A un joven vecino mío, de 19 años de edad, y que tras salir de la secundaria tomó un curso técnico relacionado con servicios en restaurantes, le pregunté hace unos cuantos días cuánto cobraba por un servicio como mesero en una institución donde se le requiere con frecuencia para servir comidas o en recepciones. Me contestó que 45 mil pesos netos. Si suponemos que mi joven vecino tiene suerte y puede lograr dos servicios al día (una comida y una cena, por ejemplo) durante 5 días a la semana, sus ingresos mensuales netos serán de 2 millones de pesos al mes, es decir, más que la categoría académica máxima en una universidad pública. Sin pretender negar el valor del servicio de un mesero, se puede uno preguntar, ¿va por el camino correcto la sociedad que busca modernizarse y le paga más a un mesero joven que a un académico maduro?

Nadie, en México o en otra parte, debe ingresar a la vida académica suponiendo que va a disfrutar del nivel de vida de un funcionario público o de un gran empresario. Pero creo que con el nivel actual de sueldos, simplemente no hay incentivos para que un joven decida invertir años y esfuerzos en la búsqueda de un título de doctor y luego dedicarse a ser investigador y profesor de tiempo completo, si al final del fune! le espera un sueldo base inferior a los ingresos de un mesero de tiempo completo.

El secretario de Educación ha indicado que la prioridad gubernamental ahora es lograr la primaria universal y a un buen nivel. No nos queda más que aplaudir tan buenos y

democráticos deseos, pero queremos ser algo más que una maquiladora gigante, si queremos ser un país que alguna vez en el próximo siglo logre abandonar su secular situación de subdesarrollo, es necesario poner en marcha a la brevedad un gran programa de inversión para mejorar no sólo la primaria sino los niveles intermedios y superiores de la educación. Un sistema universitario de gran calidad es el único medio que puede permitir a nuestra sociedad asimilar y adaptar toda la complejidad de la tecnología y de las formas de organización modernas, y sin las cuales el actual proyecto de cambio está destinado al fracaso.

Alguien puede alegar que cálculos son falsos, pues los académicos mexicanos viven no sólo de su sueldo sino de otros ingresos, entre ellos los que les proporciona el llamado Sistema Nacional de Investigadores (SNI) que permite a ciertos académicos que se han distinguido por su productividad duplicar o casi su salario regular. Lo anterior es cierto, pero también lo es que el SNI apenas agrupa a 4 mil investigadores y la planta de profesores de las instituciones y planteles de educación superior en México es de alrededor de cien mil.

De acuerdo con las cifras del estudio ya citado de la AIC, entre 1983 y 1987 (último año del que se ocupa dicho estudio) el gasto total destinado al sector educativo disminuyó en 2.6 por ciento en términos reales y pasó de ser 5.3 por ciento del gasto público total a sólo 4.8 por ciento en el mismo periodo. Ahora bien, entre los años apuntados, aquella parte del gasto gubernamental dedicada a atender las necesidades de la educación superior sufrió un deterioro aún peor: 10.2 por ciento. Y como la población ha seguido aumentando, los recursos per capita destinados a la formación del capital humano —el elemento principal en todo esfuerzo de modernización— experimentaron bajas superiores a las totales.

Antes de 1982, en México se hablaba poco de un fenómeno que era ya importante en otros países latinoamericanos: la llamada "fuga de cerebros". Hoy, desafortunadamente, la situación es muy distinta y nosotros estamos experimentando de lleno esa fuga. Algunos de los que han abandonado las instituciones académicas nacionales se han marchado al extranjero (en Estados Unidos, un sueldo académico neto de 40 ó 45 mil dólares anuales no es cosa del otro mundo, y a dicho sueldo le acompañan becas de investigación y bibliotecas y laboratorios que aquí son imposibles) y otros se han pasado al sector público —a las islas burocráticas de altos sueldos y que resisten

con mucho éxito la depresión de ingresos podría de la sociedad que les rodea— o a la empresa privada, incluidas las universidades de ese sector.

Para el joven que hoy llega del extranjero o de una institución nacional con doctorado bajo el brazo, la universidad pública mexicana simplemente no le puede dar ingresos que le permitan sostener, sin lujos pero con decoro a una familia mínima (esposa y un hijo), pagar la renta de un departamento de clase media (la compra de una casa está fuera de todo cálculo basado en el sueldo), y adquirir un automóvil (aunque sea usado). Es muy alta la probabilidad de que en una de las universidades privadas esa misma persona encuentre un salario y prestaciones que se adecuen a sus expectativas, pero en términos generales estas universidades son pocas y, en cualquier caso, están fuera del alcance de la mayoría de los estudiantes mexicanos. Además, las universidades del sector privado no son aún centros importantes de investigación, pues a esas instituciones les resulta más redituable concentrar sus actividades en la impartición de enseñanza que en la investigación, sobre todo si es investigación pura es decir, que no tiene aplicación comercial inmediata. Ahora bien, sin investigación —sobre todo, sin investigación pura— la enseñanza y entrenamiento de los estudiantes no es la óptima ni hay lugar para el desarrollo pleno de las potencialidades del académico que imparte esa enseñanza.

El innegable y dramático deterioro de los salarios del profesor e investigador universitario está llevando, entre otras cosas a las siguientes: a) A un abandono de la actividad académica como opción atractiva para jóvenes con talento y curiosidad intelectual, b) A la incorporación a la planta académica de personas cuyos ingresos no son el sustento de la familia sino un simple complemento (un caso típico sería el de la esposa académica y el esposo empresario), y c) A la desmoralización y descuido de las responsabilidades académicas debido a la necesidad del investigador de allegarse recursos en actividades externas a la universidad (dar asesoría a dependencias gubernamentales, empresas privadas, etcétera) con lo cual el profesor e investigador de tiempo completo, en la nómina deja de existir en la realidad.

Claro, siempre existe la posibilidad de evitar las fallas de las universidades mexicanas yéndose a estudiar a una buena universidad extranjera pagando entre colegiatura y mantenimiento 50 ó 60 millones de pesos anuales, pero habrá tantos mexicanos que lo puedan, quieran y deban hacer como los que necesitan la modernización?